

GUILLERMO SUCRE

TRES POEMAS

LA CORZA BLANCA

Anúnciala la corza blanca

R.D.

Del bosque y sus hondos territorios,
entre ramajes que una luz morosa
aparta y más frágil el sol ondula
las colinas, o como el aura
por un instante rodea a la lámpara
en la congoja o el insomnio,
de pronto aparece la corza blanca.
Con la mirada en que se rasga
la última claridad, me mira;
conduce el camino al sitio
de la celebración y los sacrificios.
Albas de las altas noches, lunas
de los amaneceres, piedra fría
o fuego primordial, edades
en que por fin sucumben al filo
en que se rozan sus propios cuerpos
encontrados: todo lo que tuvo
que arder ardió, imágenes y nombres
sin pausa devorados; ráfaga
fueron, augurio, las cenizas.
Con la iluminación, vino el día,
el largo exilio en la ciudad
donde la memoria vivió, herida,
su otro destino.

LA PENUMBRA

Me fui quedando rezagado en el mundo
y ahora sólo veo con los ojos
de la penumbra, no de la penuria.
La penumbra puede ser una gracia,
no obstante su tormento. Tampoco
es sólo una memoria; nos enseña;
además, la piedad. Todo se vio
sometido al principio
de las mutaciones, esas ocultas
y tenaces leyes que van abismando
a los seres. Pero no lo que el amor
amó aun en sus cenizas, no
la dádiva que supo florecer aun
en la pobreza, no el esplendor
invariable aun en la agonía. No
está llena de ruinas la penumbra;
desconoce, sobre todo,
la ruindad. Las ofensas
y los hechos que las consumaron
ya no cuentan, o cuentan poco;
apenas se suman a los agravios
del tiempo, que ya ni siquiera
son agravios. La penumbra no mantiene
litigios con lo que la historia
usurpa; no lleva la crónica
de las ambiciones. Su destino
es otro, y otra su herida. Apenas
ya el ardoroso o atormentado
insomnio. ¡La vigilia! Ver
en el corazón de los hombres
la claridad que amanece
o atardece sobre el mundo.

SÁBADO DE GLORIA

Como una conciencia demasiado
pesada el cielo al fin descargó
su bochorno. No fue lluvia
que trajera o se llevara el viento.
Ni esa calurosa fronda que va
aligerando la tarde. De pronto
las gruesas gotas azotaron
a la ciudad. En las terrazas
de los cafés, las gentes se cubrían
con periódicos y destilaban
su sucia tinta. ¿Recordaron acaso
la gloria del día, remotas campanas,
y unas piedras limpidas? Ahitas,
negligentes, apenas les divertía
el atolondrado trópico. Vino
y se dilató la noche. El agua
visiblemente suspendió su látigo.
¿Escaparon? Pero la noche era
terrible, ni de cielo ni de tierra,
como pegada a los ojos y moliéndoles
los sueños, la noche noche, cuyo
origen o destino nunca sabremos.